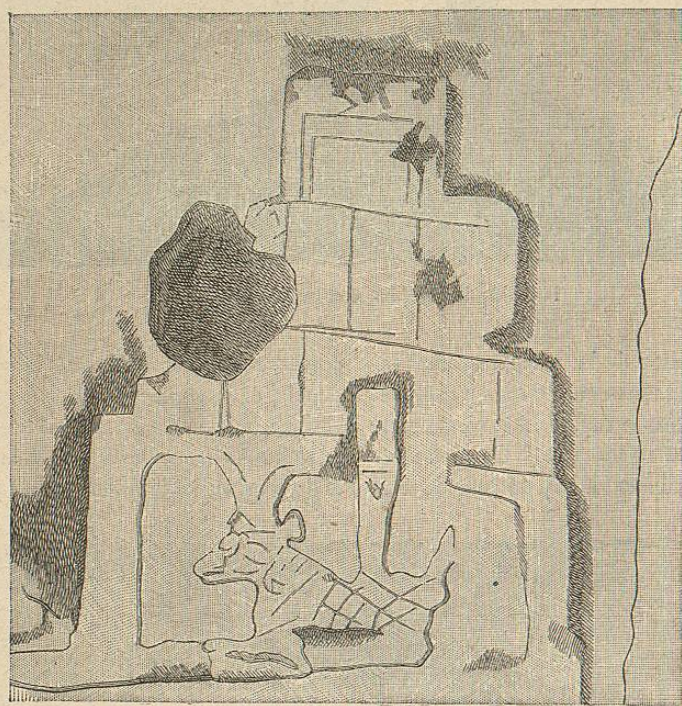


y la otra solo un desarrollo secundario de ella. Asimismo lo demuestra por otra parte la existencia de pirámides con gradas, precisamente de la época mas antigua de la arquitectura egipcia. Y además, ¿no se diría que la antiqüísima pirámide de Sakkara se nos impone como testimonio de que el empleo de los ladrillos en su edificación en un país como el Egipto, donde tanto abunda la piedra, es reminiscencia de la primitiva morada en tierras donde solo existía aquel material de construcción, faltando por completo la piedra para los edificios?

Vamos á tratar ahora del concepto mitológico apuntado al principio y veremos también que de Babilonia debió venir la idea original, y no de Egipto. En la mas remota fase de la re-



Representación gráfica babilónica antigua de un templo caldeo.

ligion sumérica representaba un papel principal, al lado de los malos espíritus, el bueno de la Tierra, cuya morada estaba en la profundidad, ó sea en el gran abismo de las aguas, llamado *Nun*, por lo que se ve á veces identificado con este mismo elemento primitivo. Llámase su esposa *Dam-gal-nun-na*, esto es, «la gran esposa de la morada de las aguas» ó de *Nun*; el lugar donde estaba el centro de esta morada en la época mas primitiva, se llama *Nun-ki*, ó sea: «el lugar de *Nun*» Cuando *Nun*, morada de las aguas, es personificada en lo femenino, recibe el nombre de *Ba'u*; de ahí el hebreo *Bohu* de la expresión *Tohu wa Bohu* empleada con tanta frecuencia en el primer relato de la Creación. Púedese, pues, decir justificadamente que el *Nun* pertenece á los mas anti-

guos y primitivos conceptos mitológicos de Babilonia, y hasta que representa la idea fundamental de todos ellos.

También entre los egipcios *Nun* es el primitivo elemento húmedo, y como tal aparece ya en los mas antiguos capítulos del Libro de los Muertos; mas no es aquí base ni punto de partida de todo el sistema religioso, y apenas se notaría su falta en el Panteon egipcio si no existiese en él. Aparece asimismo *Bahu*, segun Samuel Birch nombre del dios de la inundación, en un texto egipcio, en un papiro que trata de magia (1); pero este texto es relativamente moderno (corresponde á la 19 ó 20 dinastía), y por lo mismo solo es probable, y no seguro, que *Bahu* figurase ya en época muy anterior entre los egipcios. Si esto fuera cierto, es evidente que igual juicio habria de merecernos este nombre que el de *Nun* en los antiguos textos egipcios.

Resumiendo, tenemos: que las pirámides egipcias no son mas que una imitación de los antiguos templos babilónicos en forma de gradas; que la materia primitiva *Nun* y la divinidad *Bahu* están directamente tomadas de la mitología babilónica (sumérica), y la primera con toda certeza en la mas remota época; que la forma de las lápidas llamadas estelas es la misma en Egipto que en Babilonia, y por último, que

(1) Traducido por Birch en los *Records of the Past*, tomo X (Londres, 1878), páginas 137-158, y dice así la línea 7 de la página 149 (7 del papiro): «Yo soy *Bahu*, el grande; yo soy *Bahu*, el grande!» palabras que pone en boca del dios la fórmula del conjuro.

la escritura, derivada de figuras en ambos países, muestra idéntica disposición peculiar de los renglones y signos. Como en esto no es posible admitir la casualidad; como además la cultura babilónica presenta fechas mas antiguas que la egipcia, y como finalmente los mismos egipcios, segun lo manifiestan su lengua y sus condiciones físicas, debieron proceder del Asia en época prehistórica, queda demostrada la importantísima conclusión de que los elementos fundamentales de la cultura egipcia proceden de Babilonia. Futuras investigaciones añadirán probablemente nuevos testimonios á los que por primera vez hemos presentado nosotros ahora, y que en todo caso estamos bien convencidos serán completados y confirmados en mas de un punto.

Para terminar este primer capítulo de nuestra introducción mencionaremos una circunstancia que si bien no viene en primer término á aumentar el interés que nos inspira la historia babilónico-asiria, es causa de que para la gran mayoría de nosotros tenga desde nuestra juventud atractivo novelesco el antiguo suelo de Babilonia. En efecto, para hacer surgir ante nosotros la mas viva representación del esplendor oriental, basta recordar el nombre de una ciudad babilónica: Bagdad. Esta ciudad, de que se hace ya mención por los años 1100 antes de J.C. en un contrato de compra antiguo babilónico, fué reedificada en el año 762 de la era cristiana por el califa árabe Al-Mansur, y desde entonces fué el centro del califato hasta que de éste se apoderaron los turcos. Allí se

desarrolló una brillante época de cultura; aquel suelo babilónico es, por lo mismo, la patria verdadera de la civilización islamita, transmitida por los árabes al Occidente, y de la cual no nos incumbe tratar en este libro (1). Los cuentos de las Mil y una Noches nos han acercado tanto aquella época de florecimiento, que Harun ar-Raschid y su capital Bagdad, á orillas del Tigris, nos son á muchos de nosotros casi mas familiares que los personajes y lugares de la historia bíblica y de la epopeya griega. Son, pues, Babilonia y las márgenes de los dos rios del Paraíso, el Eufrates y el Tigris, los lugares que una y otra vez y en los mas variados sentidos excitan y mantienen vivo nuestro interés. Ya investiguemos los orígenes de la civilización ó la sigamos en su desenvolvimiento; ya recapitulemos los sucesos trascendentales en el Occidente ó en el Oriente; ya busquemos los orígenes de la construcción de las pirámides, erigidas en la oscuridad de los tiempos á orillas del Nilo, ó escuchemos las fórmulas de conjuro y los cantares de los actuales nómadas turcos de la Siberia: siempre surge inesperada referencia á aquella tierra verdaderamente clásica, siempre arroja sobre ella un rayo de luz lo nuevo que nos revelan los tesoros de los lugares de ruinas de Babilonia y Asiria.

II. CONDICIONES DE EXPOSICION, ÉPOCAS Y PERÍODOS DE ESTA HISTORIA

En la peculiar condicion de las noticias que nos proporcionan así las inscripciones cuneiformes como, en general, las fuentes de la mas antigua historia del Oriente, estriba que no sea posible trazar desde épocas remotas hasta la de la division del reino israelita (aproximadamente hasta los años 900 antes de J.C.) un cuadro tan fiel y animado de los sucesos como en otro caso podria exigirse al historiador. Solo en la última época citada, las inscripciones reales, mas extensas y circunstanciadas, completadas y confirmadas por los relatos bíblicos de los Libros de los Reyes, comienzan á informarnos con mayor precision. Del período inmediatamente anterior no hay mas que los anales del rey asirio Teglatfalsar I, redactados por los años 1100, que nos dan cuenta de la historia contemporánea, y la inscripción, mucho mas breve, de Ramman-Nirari, del año 1340 poco mas ó menos; pero en ambos casos, desgraciadamente, sin relatos paralelos en la literatura bíblica. En cuanto á los tiempos verdaderamente primitivos, y esto se refiere así á todo el período antiguo babilónico como á los principios del asirio, llamados también con mucha propiedad período antiguo asirio, apenas tenemos mas fuentes históricas que muy cortas inscripciones, las cuales, por lo general, no nos revelan sino el nombre del rey respectivo y del territorio ó la ciudad que dominaba, y á veces también el de su padre. Solo excepcionalmente sucede que, al lado de fuentes tan escasas de este remotísimo período, logremos encontrar relatos, como el notable cap. 14 del primer Libro de Moisés (Génesis), que nos permitan, juntamente con los pocos datos de las inscripciones conmemorativas y lápidas de contratos babilónicas antiguas, apreciar con alguna claridad la situación histórica del siglo xx precrisiano en el Asia anterior, y ofrecer por lo mismo al lector algo mas que una simple historia local babilónica ó mejor dicho un escueto bosquejo de ella.

(1) En las consideraciones geográficas que han de preceder al primer y segundo libros de nuestra historia se nos ofrecerán múltiples ocasiones para hacer mención de algunos de los valiosos datos que debemos á los geógrafos nacionales árabes de la Edad media (desde el siglo IX en adelante) sobre Babilonia y Asiria y sus lugares de ruinas, algunos de los cuales llevan todavía sus antiguos nombres, como, por ejemplo, *Ninawa*, *Bábil*.

Y, sin embargo, logramos hasta cierto punto suplir la descripción detallada de que carecemos, por las razones indicadas, así en lo que se refiere á la época anterior al año 2000, como también respecto del período desde 1900 á 1100 antes de J.C. aproximadamente. Esto se explica con solo considerar que cuantas nuevas noticias vamos adquiriendo sobre épocas tan remotas, acerca de las cuales puede decirse que nada sabíamos hasta hace muy poco tiempo, deben ser del mayor interés, por mas que no correspondan propiamente á la verdadera descripción histórica. La historia de la religion, del arte y de la literatura puede y debe llenar en gran medida las lagunas que deja abiertas la aridez de una mera nomenclatura de reyes y ciudades, y de breves indicaciones que apenas tienen carácter de rudimentaria crónica. Tenemos la dicha de poseer abundantes restos de literatura religiosa y profana, como también muchos monumentos de arte, precisamente de la época babilónica antigua, y de tan variado género, que se consigue con relativa facilidad hacerlos concordar, segun fecha y origen, con los períodos de que nos dan noticia las inscripciones de los reyes. En muchos casos, pues, presentaremos obras de arte, himnos é inscripciones conmemorativas que, por decirlo así, harán su propio relato, y de este modo el lector tendrá de todo ello una representación verdaderamente gráfica, por mas que á veces sean escasos los datos históricos que puedan deducirse.

Por lo demás, á menudo bastan las pocas noticias de una inscripción para permitirnos hacer combinaciones justificadas, con las cuales se obtienen resultados importantes. Cierta que también puede suceder con igual frecuencia que una inscripción que se descubra posteriormente venga á modificar en gran manera ó á destruir por completo semejantes hipótesis, formuladas segun el mejor método histórico y que se hayan presentado como casi comprobadas. Pero ¿háse de negar por eso en absoluto á los que se dedican á la investigación de la escritura cuneiforme el derecho de escribir desde luego una historia de los pueblos antiguos del Eufrates y del Tigris? ¿No puede ocurrir de igual modo en la historia mas moderna que despues de impreso el último pliego de una obra, aparezcan de improviso en un archivo documentos que arrojen nueva luz sobre lo escrito, y aun modifiquen datos hasta allí tenidos por correctos? Además, son tantos ya los resultados seguros y definitivos alcanzados en la primitiva historia babilónica, que nuevos hallazgos no pueden aportar modificaciones esenciales. Para el que considere aun hoy empresa extemporánea y prematura escribir una historia conexa de Babilonia y Asiria, no deberia empezar lógicamente la investigación histórica sino en la Edad media, pues que tradicion tan segura como la que tenemos, por ejemplo, en la literatura cuneiforme para el período de los reyes asirios y la destrucción del reino neo-babilónico, no existe para muchos é importantes períodos de la historia griega y romana; podrá tener ésta mas abundantes fuentes, pero ni con mucho tan auténticas como la asirio-babilónica. Y aun prescindiendo de esta consideración, la consecuencia forzosa de semejante criterio sería imposibilitar para siempre que se escribiese la historia del antiguo Oriente.

Dadas las circunstancias apuntadas y las condiciones del material originario, tales como acabamos de consignarlas, ¿gen qué consiste, pues, la peculiaridad de exposición de esta historia, y cuál será el método mas adecuado y único correcto para describirla?

Las frecuentes lagunas en la transmisión es lo que mas caracteriza la historia babilónico-asiria, y muy especialmente la antigua babilónica, defecto que comparte con la de los demás pueblos orientales de la antigüedad. En este punto la investigación histórica se encuentra para con el antiguo Oriente en condiciones muy distintas de las que le ofrecen épocas pos-